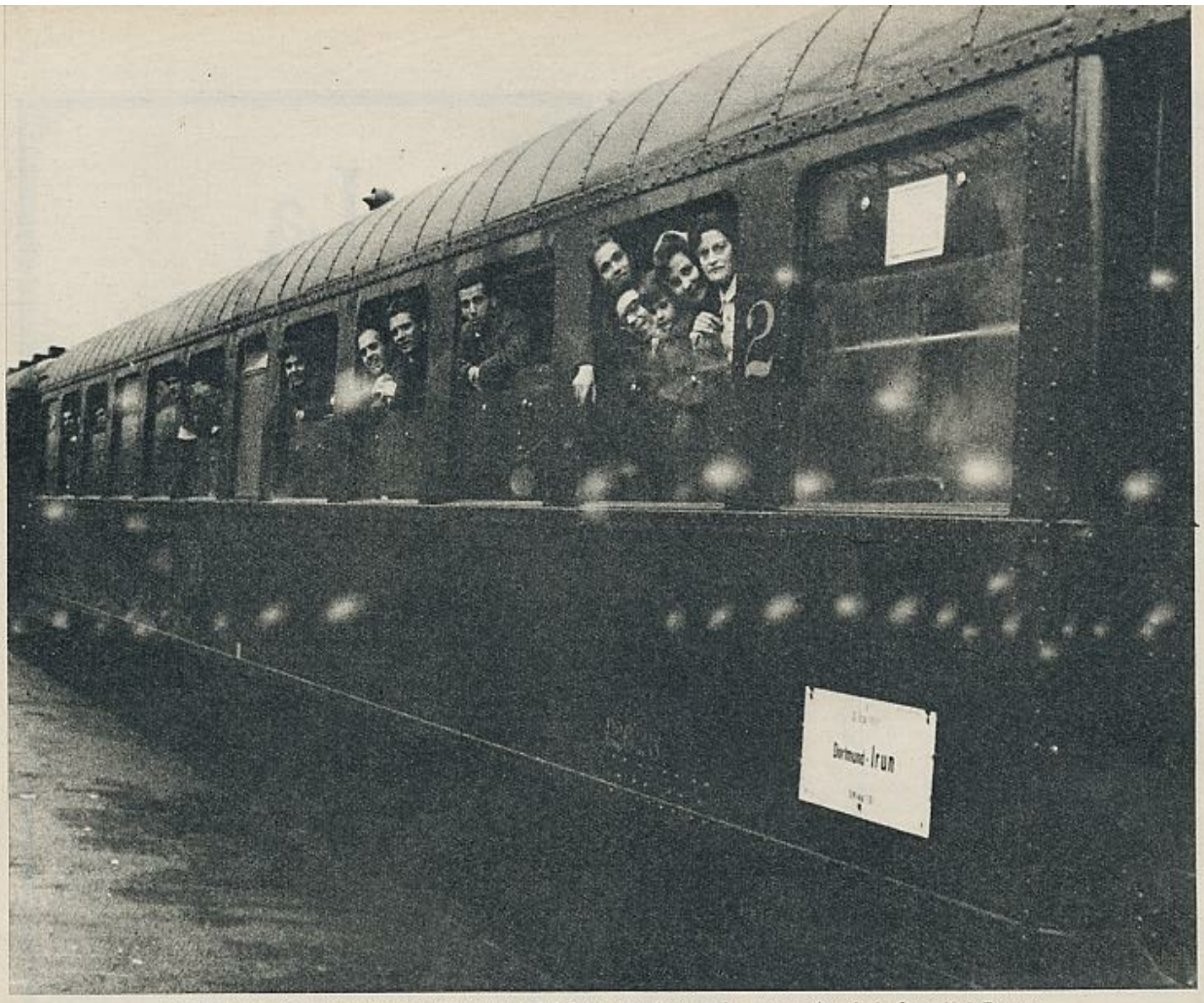
LOS NUEVOS PROBLEMAS DE LA EMIGRACION OBRERA

EL 15 de diciembre estalló una bomba en el Consulado de Argelia, en Marsella: cuatro muertos y veinte heridos. Una organización clandestina de extrema derecha, el Club Carlos Martel (Carlos Martel fue un príncipe franco que obtuvo una batalla histórica contra los sarracenos en Poitiers: se atribuye a esta batalla haber evitado la islamización de Francia) reivindica para sí el atentado. Otras agrupaciones de extrema derecha públicas lo condenan, pero de forma que parecen aprobar su fondo: «Faire Front» (órgano del Frente Nacional) escribe: «No se construirá jamás una economía moderna dejando afluir sin control a inmigrantes inasimilables; nunca se creará una Francia sana poblándola de árabes. No se asegurará nunca la paz civil dejándola henchirse de promesas de guerra civil. Porque lo que ha sucedido en Marsella no es más que un principio». El artículo lleva un título significativo: «Inmigración: ¿cuánto tiempo durará esto aún?». Este es el centro de la cuestión: el enfrentamiento con los trabajadores extranjeros. La protesta contra el atentado, en forma de manifestación celebrada el miércoles pasado en Marsella, comprendía desde la izquierda a la derecha y, desde luego, la Iglesia. Las palabras de condena de monseñor Etchegaray fueron éstas: «Debemos interrogarnos acerca de una sociedad que segrega barrios de latas y humilla al hombre creado a la imagen de Dios. Arabe, hermano mío, perdón si yo no te amo como a mí mismo. Es a Dios a quien no amo. Perdón, Dios mío». Pero manifestación, Iglesia, prensa o jóvenes indignados han repetido excesivamente una palabra, que es la adecuada: racismo. La lucha contra el racismo es algo que obsesiona justamente al mundo desde la caída de Hitler, pero se ha convertido en un movimiento pasional que cree enfrentarse con otro movimiento pasional. Y el racismo real no cesará hasta que no se anulen sus verdaderas raíces, que no son otras que un deseo de explotación de un hombre designado como inferior por otro designado como superior. Algunos movimientos sindicales y gubernamentales en Francia, relativamente recientes, han tratado de no discriminar a la mano de obra extranjera y evitar la contratación clandestina a precios más bajos y en condiciones siniestras. Lo sucedido en Marsella es una de las respuestas de los explotadores. El título de «Faire Front» va a la diana de lo que les preocupa.

Esta preocupación ha subido de tono, evidentemente, como consecuencia de la nueva crisis económica, y si se ha dirigido visiblemente contra los argelinos es con la intención de responsabilizarles más, en tanto que «árabes», por la cuestión del petróleo. Desgraciadamente, va más lejos que un atentado de extrema derecha, hecho con la vieja técnica del OAS (lo cual hace más siniestro el carácter antiargelino de la acción), y es algo que está impregnando Francia y todos los países europeos a quienes alcanza o puede alcanzar la crisis. Alemania Federal, como se sabe, decidió en noviembre pasado cerrar la válvula de ingreso de los trabajadores extranjeros que no procediesen de países del Mercado Común (por lo tanto, España), pero respetando a los que ya están contratados o trabajando. Francia adoptó una medida más amplia —anterior a la crisis— por la llamada «circular Fontanet». Esta circular tiende a reprimir toda la inmigración clandestina, remitiendo toda admisión de obreros al Office National d'Immigration. La circular, por una parte, desbarata todas las organizaciones de «trata de esclavos», llevados al país sin documentación o con documentación falsa por medio de una red de corrupción, en la que participan desde funcionarios y policías a patronos sin escrúpulos que reciben estos obreros a precios cómodos, por debajo de las tarifas de mano de obra y sin darles de alta en la Seguridad Social. A nadie le extrañará que Marsella sea uno de los principales centros de esa red —tiene triste fama por otros «affaires» similares— y que sea también el lugar donde se haya perpetrado el atentado contra el Consulado de Argelia. Pero la circular Fontanet parece tener también un posible sentido restrictivo. Al hablar, como lo hace el propio Fontanet, del «temor a que una afluencia demasiado masiva de trabajadores extranjeros conduzca a sobrepasar el límite de tolerancia de la sociedad francesa», indica ya una contención, y el funcionamiento también de una válvula que hasta ahora era libre. De hecho, comienza a notarse ya una recesión en este movimiento, pero se atribuye, sobre todo, a que los jefes de personal de las grandes empresas comienzan a contratar menos con vistas a una

Alemania Federal ha cerrado la válvula de ingreso de los trabajadores extranjeros que no procediesen de países del Mercado Común, por lo tanto España.



La «décima nación», esto es, los diez millones de trabajadores extranjeros en los nueve países de la Comunidad Europea.

posibilidad de crisis de empleo. Por otra parte, la circular Fontanet exige que para cada obrero extranjero contratado, debe demostrarse que no hay un parado francés que pueda hacer el mismo trabajo. Sin embargo, promete la no discriminación en el caso de los que están trabajando ya con su contrato en regla.

Sin embargo, la discriminación se produce. La fábrica Peugeot de Sochaux acaba de comunicar a 238 obreros yugoslavos que no pensaba renovar sus contratos. Otras empresas disfrazan el licenciamiento de obreros extranjeros despidiendo al mismo tiempo a algunos obreros franceses: así lo denuncia Michel Jacqués en un importante artículo de «Le Figaro» (17 de diciembre de 1973), al que pertenece este párrafo: «Sería indigno abandonar a su destino a estos hombres que nos han rendido tantos servicios ayer y que pueden aún volvérnoslos a rendir mañana».

Los sindicatos, que durante este año habían hecho un movimiento de recuperación de los trabajadores extranjeros (en razón de que una mano de obra muy numerosa, de unos dos millones de personas, podía ser utilizada en contra de los esfuerzos sindicales por la mejora del trabajador: por ejemplo, podrían ser deportados o expulsados en caso de huelga), comienzan a ceder a las presiones de los trabajadores franceses que temen el paro. Bergeron, secretario general de Force Ouvrière (la central sindical de orientación socialista), acaba de pedir que «el número actual de inmigrantes no debe ser sobrepasado en ningún caso», lo cual no ha sido bien acogido por otros sindicalistas más abiertos. Y el ministro de Trabajo, Gorse, no ha dejado de reconocer que la mano de obra extranjera es «la más expuesta al peligro de una reducción de la actividad económica».

Pero la discriminación se muestra de otras maneras, y ahí comienzan a funcionar los resortes del llamado racismo, en el sentido de que los discriminados forman una clase inferior «visible» (por su color, por su acento, por sus costumbres). Aun entre aquellos que condenan con indignación el atentado de Marsella y se proclaman abiertamente antirracistas, no dejan de mantener una actitud de hostilidad para con los trabajadores extranjeros. Estos la perciben y comienza a cundir entre ellos el miedo. No el miedo a la agresión física, naturalmente —aunque organizaciones como la de Carlos Martel pretenden simplemente este terrorismo—, sino al despido. Entre los grupos españoles, la inquietud es considerable, porque España no pertenece al Mercado Común, y se teme que Francia y otros países europeos adopten la solución alemana de cerrar sus puertas a aquellos que no sean nacionales de países de la Comunidad. Una razón más para que España deba estar presente en Europa de una manera práctica, sobre todo en Europa, que se haga no solamente teniendo en cuenta los intereses del gran capital, sino también los de los obreros.

Naturalmente que, por el momento, los intereses del gran capital coinciden en mantener la mano de obra extranjera, porque aún la crisis no ha llegado a limitar de una manera grave la producción y porque mantienen otras reservas: primero, la real noción de que los extranjeros son más fáciles de despedir, a pesar de todo, en caso de necesidad; segundo, porque nunca a la gran empresa le interesa demasiado la escasez de mano de obra (prefieren que haya desempleo, siempre que no sea demasiado grave como para producir contracciones sociales), porque la escasez aumenta el precio.

Se considera que hay en la Europa del Mercado Común unos diez millones de obreros extranjeros; se habla de la «décima nación» (sumada, de manera invisible, a las nueve de la Comunidad). Viven en estos momentos una angustia especial. Para ellos, la crisis es mucho más grave que para nadie. Los países que les albergan son conscientes de que su retirada voluntaria sería un drama (y ya Bumedian ha decidido limitar al mínimo la emigración de argelinos a Francia) y la realidad es que esta retirada voluntaria puede producirse como consecuencia del medio ambiente y del racismo que sube; los países de donde proceden son también conscientes del riesgo que supondría un regreso masivo de sus obreros, bien por despidos, bien por decisión propia. ■ **PABLO BERBEN.**